

FA-484(8)

LA FAMILIA CRISTIANA.

MIGUEL GHISLIERI,

LEYENDA DEL SIGLO XVI.



MADRID: 1873.

ANTONIO PEREZ DUBRULL, EDITOR.

Jesus del Valle, núm. 15.

MIGUEL GHISLIERI.

I.

Cuando se recorren algunas páginas de la historia de la Iglesia para dibujar los rasgos más salientes de un Santo, de un piadoso Doctor, ó de un Pontífice célebre, se siente casi espanto ante la inmensidad de ese monumento de las edades. La historia de la Iglesia es desde hace diez y ocho siglos la historia de la humanidad entera: los pueblos en sus convulsiones, y aun en su ingratitude, no han podido abandonar á esa tierna madre, atenta á sus menores movimientos, y que contesta al ultraje con la clemencia, y á los anatemas con bendiciones. Desde que la cruz ensangrentada se levantó sobre los mundos, la Iglesia ha tomado parte en todos sus dramas: los impe-

rios se han formado y han sido destruidos; la yerba cubre el suelo donde se alzaban las grandes ciudades; la nada ha enterrado muchas glorias, pero la Iglesia es joven como el primer día. Si ostenta alguna cicatriz, en testimonio del furor salvaje de sus enemigos, no por eso es menos bella: su aureola no ha perdido ninguno de sus rayos; su velo pende, como siempre, virginal, y bajo su poderoso pie se retuerce despedazada la serpiente.

No intentaremos recapitular los principales hechos de esta historia para llegar, por una pendiente dulce, al reinado admirable, á la vida ejemplar de Miguel Ghislieri; solamente diremos que, siempre combatida, á menudo victoriosa, la Iglesia nunca habia sufrido más que en la época en que vino este gran hombre. La herejía, tan terrible como los musulmanes entrando en Constantinopla, la herejía habia rugido por boca de Lutero: un fraile insolente se habia atrevido á declarar la guerra á la Santa Sede: Lutero habia abierto el antro de las tempestades, y las tempestades se habian esparcido por el mundo. En vano los innovadores habian dado el escandaloso espectáculo de sus divisiones, de

sus guerras intestinas; en vano se habian mostrado más avaros, más violentos, más ambiciosos, más orgullosos que aquellos á quienes habian atacado por su avaricia, su violencia, su ambicion y su orgullo; estos sectarios dejaron fanáticos partidarios. El austero hipócrita Calvino, que pasó toda su vida ocultando sus vicios, habia muerto; pero legaba su obra á Teodoro de Beza. El torrente de la pretendida Reforma habia seguido su curso desordenado, sin que Leon X, ni Adriano VI, ni Clemente VII, ni Pio IV, consiguiesen detenerlo. ¡Qué tiempo! ¡Qué hechos! ¡Qué exaltacion en las ideas! ¡Y cómo la sociedad entera, seducida por el atractivo engañador de la palabra *Reforma*, hacia esfuerzos convulsivos para no llegar más que al desórden, á la desesperacion y á la muerte!

Entre los Jefes soberanos de la Iglesia que por su genio y sus virtudes vinieron á hacer de alguna manera una protesta viva contra la herejía y la impiedad, ninguno fue más grande, más santo y más humilde que Miguel Ghislieri.

Admirable fue la carrera del personaje de que vamos á tratar.

El 17 de Enero de 1504 nacia en Bosco (en Lombardía) un niño, que fue llamado Miguel. Sus padres eran pobres; pero en su casa la probidad reemplazaba á la riqueza, y si no pudieron rodear de lujo la cuna de su hijo, nutrieron con buenos consejos á aquella alma jóven, confiada á sus cuidados por la Providencia.

Un dia dos religiosos de la Orden de Santo Domingo pasaron por Bosco. Miguel habló con ellos: la gravedad de sus preguntas; la sabiduría de sus respuestas, en una palabra, ese no se qué que ilumina las frentes de los predestinados, llenaron de aturdimiento á los buenos religiosos.

—Niño, ¿quieres, le dijeron, venir con nosotros á instruirte? Despues, si eres digno, entrarás en nuestra Orden.

Completamente turbado por la alegría, é impulsado ademas por su vocacion, Miguel corrió á arrojarse á los pies de sus padres, é imploró su béndicion, diciéndoles:

—Dejadme, por Dios, seguir á esos santos varones. Ellos me enseñarán á conocer y á servir á Dios.

Su padre no se opuso á lo que el mismo cielo parecia ordenar. Miguel siguió á los dominicos hasta su convento de Voghere. Al cabo de algunos años de trabajo fue á habitar al convento de Vigevane, donde continuó sus estudios con no menos ardor: por último, el año de 1519 hizo profesion en la Orden de Hermanos Predicadores, á la cual debia dar tanto honor. Le fue confiada la enseñanza de la Teología, y puede decirse que al salir de sus labios la ciencia de Dios adquiria un perfume aun más celeste. Así, á fuerza de mérito y de virtudes, se vió elevado á las dignidades de su provincia, y sucesivamente nombrado prior de Vigevane, de Soneino, de Alba, é inquisidor de Como. En esta época el luteranismo amenazaba desbordarse en Italia por Suiza, gracias á las fáciles y frecuentes relaciones de vecindad.

Era preciso, para detenerle y rechazarle, almas fuertemente templadas: Miguel Ghislieri se mostró un enérgico soldado de la Iglesia.

Cuando en 1550 llegó á Roma, la capital del mundo cristiano estaba llena de ansiedad. Nombrado entonces comisario general del Santo Oficio por las gestiones del

Cardenal Caraffa, Miguel desempeñó su penosa tarea con la severidad del juez y la caridad del cristiano. Visitando cada dia en los calabozos á los acusados, no descuidaba nada por traerlos á la fe, considerándose dichoso cuando podia convencerlos y librarlos del suplicio. Esto lo consiguió algunas veces, y hé aquí un memorable ejemplo.

Un hombre nacido en el judaismo, Sixto de Sienna, habia hecho á la edad de veinte años una abjuracion solemne. Era gran inteligencia; pero, embriagado por su saber y su renombre, Sixto se dejó arrebatarse á excesos deplorables, siendo puesto en prision y juzgado y condenado á muerte por el Santo Oficio. Miguel no pudo ver con alma indiferente tal talento condenado á fin tan prematuro y tan miserable. Se acercó á Sixto, le habló, é hizo nacer en él el deseo de la penitencia. El culpable se enterneció, mezcló sus lágrimas á las del santo confesor de la fe, y admitido por Miguel en la Orden de Santo Domingo, fue ejemplo de modestia y austeridad.

Bajo el pontificado de Paulo IV (el Cardenal Caraffa), Miguel fue nombrado Obispo y Cardenal, tomando el nombre de Car-

denal Alejandrino. Paulo IV tenia grandes proyectos: queria devolver á Italia su unidad, su antiguo esplendor, y sobre todo librarla del yugo de los españoles. En el Cardenal Alejandrino encontró el más firme apoyo de su reinado, que fue por extremo corto. Despues de Pio IV, su sucesor, Miguel Ghislieri, subió á la Silla de San Pedro, y desde aquel momento todas las miradas del mundo cristiano se fijaron en Pio V.

:

II.

El primer acto del nuevo Soberano Pontífice fue un acto de notable caridad. Quiso que el dinero empleado ordinariamente para la fiesta del advenimiento fuese distribuido entre los pobres vergonzantes. Empezó por reformar algunos malos hábitos de la corte, donde suprimió las prodigalidades del lujo. Predicó el ejemplo con su sencillez, su frugalidad y sus ayunos rigurosos: acostado sobre un duro jergon, todas las noches se levantaba á orar. Entre las mejoras que introdujo se debe citar la proteccion que dió á los Montes de Piedad, destinados á combatir la usura de los judíos. Tan firme como piadoso, reprimió el bandolerismo, que desolaba los Estados de la Iglesia. Uno de los primeros cuidados de Pio V fue com-

batir el lujo de los eclesiásticos y los desarreglos de los romanos. Prohibió las corridas de toros en el Circo.

La reforma de la liturgia honra también mucho el celo del preclaro Pontífice: el Breviario romano fue aceptado en todas partes, ó por lo menos acomodado al rito de todas las Iglesias. Aun quedaba un abuso que corregir: el relajamiento general había hecho reemplazar el canto gregoriano por una música mundanal que alteraba el sentido de las palabras sagradas. Palestrina apareció con sus cánticos tan sencillos, tan puros, tan admirables: esto fue una revelación. El Papa y los Cardenales se estasiaban ante la magia de las armonías verdaderamente divinas que Palestrina encontraba en su humilde cabaña del Monte Celis: Pio V, queriendo dar una prueba de su aprecio al genio, nombró al sublime compositor maestro de la capilla papal. Es prenda de las naturalezas elevadas comprender la inteligencia y ponerla en el lugar que merece.

El cielo quiso además que Pio V contase entre sus contemporáneos ilustres colaboradores que le secundaran poderosamente en su obra. A estos pertenecieron San Fe-

lipe de Neri, San Pedro Alcántara, San Felix de Cantalicio, San Francisco de Borja, San Juan de Dios, el fundador de la orden de la Caridad, admirable institucion que contenia el gérmen de la de San Vicente de Paul; por último, San Luis Gonzaga, tan admirable por su pureza como por su fervor; y sobre todos, San Cárlos Borromeo, el Arzobispo de Milan, el valeroso Prelado que durante la peste supo en cierto modo vencer á la muerte.

Pero, ensanchando la esfera de nuestra relacion, sigamos á Pío V en sus relaciones con los demas soberanos.

III.

En esta época de agitacion violenta, en frente de los escesos del protestantismo, el papel de la Iglesia era tan difícil como grande : nunca, tal vez, esta sublime mediadora habia estado más enredada en los destinos de los pueblos.

El principal enemigo de la cristiándad, el enemigo más temible, era el imperio otomano, que desde 1453 no habia cesado de ensancharse á espensas de la Europa, aprovechándose de la division de los Reyes. El 18 de Mayo de 1585 Soliman el Magnífico ponía sitio á Malta. No es de este lugar la relacion de los admirables episodios de su defensa; nadie ignora la escena sublime de la comunión recibida por Lavalette y todos sus caballeros, que, levan-

tándose del altar y abrazándose, corrieron á la brecha á desafiar una muerte casi segura. Aplanado por el número de los enemigos, Lavalette se preparaba tristemente para la capitulación, cuando recibió de Pio V la siguiente carta, que reanimó su valor:

«Querido hijo: permaneced en vuestro puesto; permaneced en posesion de ese alto renombre, de esa gloria que os hará inmortal entre todas las naciones; el Rey Católico, que tiene interesadas en esa guerra la salud de sus reinos y su dignidad, no os faltará; nosotros tampoco os faltaremos; nosotros, que estamos siempre dispuestos á verter nuestra sangre por el honor de Dios y la salud de la sociedad cristiana.»

Las exhortaciones del Santo Pontífice produjeron sus frutos; Lavalette sintió renacer en su corazon nuevo valor: Malta se salvó.

La Francia llamó la atencion del digno Pontífice: Catalina de Médicis debió oír los sabios consejos que Pio V le daba con frecuencia sobre su comportamiento en medio de los graves acontecimientos que ocurrían, y en presencia de las dificultades que se multiplicaban.

Lo que Pio V queria principalmente era que no fuese empujado á menoscabar la corona de Francia.

Conocia la irresolucion del Emperador de Alemania, Maximiliano; tuvo la habilidad de enviar á la Dieta de Augsburgo un hombre de mérito y de confianza, el Cardenal Commendon. Las cábalas de los protestantes fueron deshechas, y la fe católica se consolidó en Austria.

En sus relaciones con Felipe II, Pio V no fue menos grande. A pesar de su celo por la Religión, el Rey de España ponía alguna vez á la Santa Sede en aprietos bastante duros; sin embargo, el Soberano Pontífice supo mantener con este príncipe las relaciones de Roma sobre la base de la igualdad y de la intimidad. Le aconsejó la destruccion de los moriscos, cuyos proyectos de insurreccion habia descubierto. Cuando Felipe y su desgraciado hijo D. Cárlos ofrecieron al mundo espantado el espectáculo de sus discordias, que debian terminar con la muerte del príncipe, Pio V dirigió á Felipe consejos que desgraciadamente no siguió. Quiso tambien, como en Roma, proscribir en España las corridas de toros; pero ¿qué podrian alcanzar todas sus

sabias amonestaciones contra la pasion de todo un pueblo?

Antes de hablar de un hecho inmenso debido á Pio V, la batalla de Lepanto, diremos algunas palabras sobre su celo para aliviar la suerte de los indígenas americanos. Intercedió para ello cerca de Felipe II. A su voz, la Compañía de Jesus envió algunos de sus valerosos hijos, bajo la direccion del P. Acevedo, con mision de convertir los idólatras americanos, y enseñarles la civilizacion, al mismo tiempo que los principios religiosos. Por desgracia, la expedicion cayó en manos de los calvinistas, que, más feroces que los salvajes, asesinaron hasta el último de los cuarenta piadosos soldados de la fe.

En la deplorable lucha entre Isabel de Inglaterra y María Stuart, lucha en que reconoció perfectamente el fin triste que habia de tener, Pio V no temió, ni debia temer, ponerse de parte de la Reina de Escocia. Si su voz no fue escuchada por la orgullosa hija de Enrique VIII, al menos, segun la obligacion del sucesor de San Pedro, defendió al oprimido. Se conocen los esfuerzos de la Compañía de Jesus para traer á Inglaterra á los principios del catolicismo,

obra peligrosa en que muchos campeones de Dios perdieron la vida.

Hemos llegado al principal acontecimiento de la vida pontifical de Pio V.

El poder otomano no habia dejado de crecer desde la conquista de Constantinopla: Europa no habia sabido oponer valla á los conquistadores, que no conocian más que el Koran y el sable; los cristianos creian invencibles á los turcos, y este terror moral constituia la mitad de la fuerza de aquellos bárbaros. Pio V comprendió el peligro á que la Europa estaba constantemente espuesta: adivinó tambien el medio de batir en brecha el formidable edificio construido por los Mahomet y los Soliman: este era la union de los príncipes cristianos.

Selim se preparaba á conquistar la isla de Chipre: el Papa aprovechó esta circunstancia. Desplegando su rara actividad, consiguió organizar una liga entre la Santa Sede, Felipe II y los venecianos. Las armadas reunidas eran mandadas por D. Juan de Austria y Marco Antonio Colonna. El 15 de Setiembre de 1571 dejaron el puerto, navegando hasta dar vista á la flota musulmana en el golfo de Lepanto. Allí tuvo

lugar el horrible combate, en que ni tregua ni cuartel se daban unos á otros. Inmensa victoria, de la cual data la decadencia de los turcos, porque la Europa supo con alegría y estupor que sus formidables enemigos no eran invencibles.

El día mismo de la batalla tuvo Pio V un sublime presentimiento. Se cuenta que, habiendo ido su tesorero á darle conocimiento de asuntos importantes, de repente el Pontífice impuso silencio á Bussoti, se levantó, fue hácia una ventana, y quedó algunos instantes en contemplacion.

—A estas horas, dijo, nuestra armada consigue una gran victoria. Dejemos los negocios y demos gracias á Dios.

Y el Pontífice se arrodilló y oró.

IV.

La muerte impidió á San Pio V proseguir el triunfo de Lepanto; porque al año siguiente, el 1.^o de Mayo, el alma del Santo, libre al fin de los lazos terrestres, se lanzó hácia su Creador.

THE HISTORY OF THE

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..